

y suspira. Creo que veo cumplirse ya los votos que tantas veces hizo Julia; á V. le toca concluir esta grande obra; y que de motivos para llamar aqui á uno y á otro! Digno es del generoso Eduardo que no le hayan hecho mudar su determinacion nuestras desgracias.

Vengan Vds. amables y respetables amigos, vengán á reunirse con todo lo que de ella queda. Reunamos todo cuanto ella quiso; animemos siempre su espíritu, una su corazón á todos los nuestros, vivamos siempre ante su presencia. Me complazco en creer que del cielo, donde habita, de la mansion de perdurable paz, gusta esta alma siempre sensible y amante de volver en medio de nosotros, de hallar llenos de su memoria á sus amigos, de ver que imitan sus virtudes, de oírlos honrar su nombre, y de mirarlos abrazar su tumba pronunciándole entre sollozos. No, no

ha dejado estos lugares que tanto embelataba su presencia; llenos estan de ella todavia. En cada objeto la veo; á cada paso la siento, á cada instante del dia oigo los acentos de su voz. Aqui fué donde vivió; aqui es donde descansan sus cenizas... la mitad de sus cenizas. Dos veces á la semana, cuando voy al templo... veo... veo el sitio triste y respetable...; Beldad, con que es este tu pastre asilo!... Confianza, amistad, virtudes, contentos, alegres juegos, todo lo ha tragado la tierra... Me siento arastrada... me acerco temblando... temo pisar esta tierra sagrada... creo que la siento palpar y gemir bajo de mis plantas... oigo que murmura una voz lastimera: Clara, ó Clara mia, ¿ donde estas? que haces lejos de tu amiga?... su ataud no la contiene toda entera... aguarda lo demas de su presa... no la aguardará mucho tiempo (1).

(1) *Repasando esta coleccion creo que veo la razon porque aunque su interes sea tan debil es para mí muy grato, y pienso que lo será para todo lector de buena indole; y es porque á lo menos este debil interes es puro, y sin mezcla de repugnancia; porque no le escitan delitos ni maldades, ni está unido con el tormento de aborrecer. No puedo entender que gusto puede causar el imaginar y componer el personaje de un perverso, el sustituirse en su lugar, mientras se le hace hablar, el darle el mas brillante colorido. Mucho compadezco á los autores de tantas tragedias llenas de horrores, que pasan su vida haciendo obrar y hablar á hombres que no es posible escuchar ni ver sin pesadumbre. Me parece que sería lamentable suerte la del que á tan cruda tarea fuese condenado; los que con ella se solazan deben estar bien penetrados del celo de la publica utilidad. Yo por mí venero muy de veras su talento y sublime ingenio, pero doy gracias á Dios por no habermele dado.*

FIN DE LA SEXTA

Y ULTIMA PARTE.

## LOS AMORES

DE

### MILORD EDUARDO BOMSTON.

Las estrañas aventuras de milord Eduardo en Roma eran muy novelescas para que pudieran ir mezcladas con las de Julia sin desfigurar la sencillez de esta. Cebúreme por tanto á extractar y abreviar aqui lo que sea necesario para entender bien dos ó tres cartas en que de ellas se trata.

Durante sus viajes á Italia conoció milord Eduardo en Roma á una señora de circunstancias, napolitana, de quien no tardó en quedar muy prendado; y ella por su parte le tomó una violenta pasion, que la atormentó todo lo demas de su vida, y acabó llevandola á la sepultura. Este hombre aspero y poco rendido, pero sensible y ardiente, en todo grande y estremado, no podia ni inspirar ni sentir un afecto mediano.

Inquietaban á la Marquesa los principios estoicos de este virtuoso ingles, y se resolvió á fingirse viuda mientras estaba ausente su marido; lo cual era facil, por ser ambos forasteros en Roma, y estar sirviendo el Marques en las tropas del Emperador. No tardó el enamorado Eduardo en ofrecerle su mano. Alegó la Marquesa la diferencia de religion y otros pretextos. Finalmente entablaron un trato íntimo y libre, hasta que habiendo descubierto Eduardo que estaba vivo el Marques quiso reñir con ella, despues de haberla llenado de los mas crules improperios, sentido de hallarse culpado, sin saberlo, de un delito que miraba con horror.

La Marquesa, muger sin principios, pero astuta, y llena de atractivos, nada omitió para no perder su amor, y lo consiguió. Suprimióse el trato adultero, pero siguió la amistad. Esta muger, aunque indigna de amar, amaba; fué preciso que se allanara á ver sin fruto á un hombre adorado que de otro modo no podia conservar; y como esta voluntaria atizaba el amor de entrambos se tornó mas ardiente con esta sujecion. No omitió ella las atenciones que podian ser parte á que se olvidara su amante de su resolucion; era hermosa y atractiva, pero todo fué en balde; que no vació el ingles cuya grande alma era de prneba. Su pasion primera era la virtud; á su dama hubiera sacrificado su vida, y á su obligacion su dama. Una vez fué muy eficaz la seduccion, y el medio de que se iba á valer para librarse de ella contuvo á la Marquesa, y frustró todas sus artes. Siempre nos vencen nuestros sentidos no porque somos flacos, sino porque somos cobardes. Quien menos que el delito teme la muerte nunca se ve forzado al delito.

Pocas almas vigorosas hay que las otras las arrastren y las encumbren á su esfera, pero las hay. Una de estas era la de Eduardo. Esperaba la Marquesa grangearle, y él la iba insensiblemente grangearlo. Cuando en su boca las lecciones de la virtud tomaban el acento del amor, la movia, la hacia llofar; sus sacrosantos fuegos animaban

esta alma rastrera; un afecto de justicia y honor le hacia disfrutar un deleite que le era ageo; empezaba à gustarle la verdadera belleza, y si pudiera el mudar de naturaleza, hubiera el corazón de la Marquesa mudado.

Solo el amor sacó fruto de estas ligeras emociones, tornandose mas acendrado. Empezó à amar con generosidad, con un temperamento ardiente, y en un clima en que tanto imperio tienen los sentidos, se olvidó de sus gustos para pensar en los de su amante, y no pudiendo participarlos con él, quiso que à lo menos le vinieran de ella. Esta fué la interpretacion favorable que dió à una accion que su caracter y el de Eduardo que tenía bien conocido, podían hacer sospechosa de ser una seducción mas acrisolada.

No omitió diligencia ni gasto para buscar en toda Roma à una muchacha facil y sana; y la halló con alguna dificultad. Presentósele una tarde despues de una conferencia muy tierna. Disponga V. de ella, le dijo sonriendose, disfrute ella del premio de mi amor, pero disfrute sola, que para mí bastará con que alguna vez junto à ella se acuerde de la mano que se la dió. Quiso salirse y la detuvo Eduardo. Detengase V., le dijo; si me cree tan villano que me aproveche de su oferta en su propia casa, no es de tanto precio el sacrificio, y no merece la pena de que sienta mucho mi perdida. No habiendo V. de ser mío, respondió la Marquesa, desearia que no fuese de nadie; pero si ha de perder el amor sus derechos, permita V. à lo menos que disponga de ellos. ¿Por que le es à V. gravoso mi beneficio? tiene miedo de ser ingrato? Obligóse entonces à apuntar las señas de la casa de Laura (que era el nombre de la muchacha) y le hizo jurar que se abstendria de cualquiera otro trato. Esto debía moverle y le movió en efecto. Mas arduo fué para él enfrenar su gratitud que su amor, y este fué el tazo mas peligroso que en toda su vida le puso la Marquesa.

No menos estremada en todo que su amante, hizo que se quedara Laura à cenar con ella, la colmó de halagos, con-

mo para disfrutar con mas pompa del mayor sacrificio que puede hacer el amor. Reconocido Eduardo se entregaba à su exaltacion, conmovida su sensible alma se exhalaba en sus miradas, y no decia ni una palabra que espresion de la pasion mas viva no fuese. Laura era preciosa, y apenas la miraba, pero no imitó ella esta indiferencia, que en la verdadera imagen del amor veia y contemplaba un objeto para ella enteramente nuevo.

Despues de cenar despido la Marquesa à Laura, y se quedó sola con su amante. Contaba con los peligros de esta conferencia à solas, y en esto no se engañaba; pero se engañó pensando que se rendiria su amante; toda su astucia paró en hacer mas brillante el triunfo de la virtud y mas doloroso para uno y otro. A esta noche se refiere, al fin de la cuarta parte de Julia, el elogio que hace San Preux de la fuerza de su amigo.

Era Eduardo virtuoso, pero era hombre; tenia toda la ingenuidad del honor verdadero, pero de aquel falso decoro que à él se sustituye, y que tanto apreciaban los mundanos. Habiendo pasado muchos dias repitiendo los mismos extremos con la Marquesa vió que crecia el peligro, y faltandole la resistencia mas quiso pecar por amante poco acendrado, que cometer un fallo contra la virtud, y fué à ver à Laura.

Estremecióse ella con su vista. Hallóla triste, quiso alegrarla, y creyó que no necesitaba de muchos rodeos para conseguirlo; pero no le fué tan facil como pensaba. Recibió mal sus halagos, y desechó sus ofertas con un tono que no es propio de quien niega lo que quiere otorgar.

En vez de retraerle tan ridiculo recibimiento, se irritó con él. Que miramiento debía à una raamera! Sin contemplar con ella usó de sus derechos. Sintendose vencida, no obstante sus gritos, su llanto y su resistencia, hace Laura un esfuerzo, salta al otro extremo del cuarto, y con penetrante voz le grita: Matéme V. si quiere, jamas me tocará viva. No eran equívocos su gesto, su mirar y su tono. Pasado como no

es decible Eduardo se serena, la coge de la mano, la sienta, se sienta à su lado, y mirandola sin hablar palabra aguarda con mucha tranquilidad el desenlace de esta comedia.

Laura no decia nada, tenia los ojos bajos, era interrumpida su respiracion, palpaba su corazón, y todo en ella indicaba una agitacion extraordinaria. Rompió al fin Eduardo el silencio, preguntandole que significaba escena tan extraña. ¿Me he equivocado? le dijo, ¿no es V. Laureta Pisana? ¿Pluguiera à Dios que no! dijo ella con voz tremula. ¿Pues que, replicó él con una sonrisa ironica, ha mudado V. de oficio? No, dijo Laura, siempre soy la misma; nadie sale de la condicion en que yo estoy. En esta frase y en el acento con que la dijo halló él una cosa tan extraordinaria, que no supo que pensar, y se creyó que la muchacha se habia vuelto loca. ¿Pues porque, continuó, hermosa Laura, soy yo solo el escluido? Dime en que he merecido tu odio. Mi odio! exclamó ella en tono mas vehemente: nunca he amado à los que he favorecido; à todo el mundo me puedo entregar menos à V. solo.

¿Pero porque así, Laura? esplicateme mas, que no te entiendo. Ah! ¿me entiendo yo propia? Lo unico que sé es que nunca me tocará V. No, exclamó con mas fervor todavia, nunca me tocará V. Al verme en sus brazos pensaria que está en los de una publica raamera, y me moriria de rabia.

Animabase hablando, y desecubrió en sus ojos Eduardo señas de dolor y de desesperacion que le enternecieron. Con modales que menos desprecio indicaban tomó entonces un estilo mas decente y mas halagüeño. Tapabase ella el rostro, evitaba sus miradas; él le cogió una mano con semblante cariñoso, y apenas sintió ella la de Eduardo en la suya, cuando se la puso en la boca, y la apretó con sus labios, lanzando sollozos, y derramando rios de lagrimas.

Aunque era muy claro este idioma, no era terminante. Con mucha dificultad logró Eduardo que se esplicara sin rodeos. Con el amor le habia vuelto el pudor estinguído, y nunca habia Laura

abandonado su persona con tanta vergüenza, como la que de confesar su amor tuvo.

Apenas nació este amor cuando ya se hallaba en toda su fuerza. Era Laura viva, sensible, hermosa, tanto que podia inspirar pasiones; y tan tierna que podia corresponder à ellas; pero vendida por padres indignos desde su edad mas tierna, habian perdido su imperio, amancillados por la disolucion sus atractivos. Encenagada en torpes deleites huía el amor de ella, no pudiendo inspirarsele ni sentirle miserables corriptores. Los cuerpos combustibles no arden por sí propios, pero si los toca una chispa al punto estallan. Así prendieron fuego en el corazón de Laura los cariños de Eduardo y la Marquesa. Este nuevo idioma causó en ella un delicioso temblor; escuchaba con atento oído, y nada dejaba perder sus ansiosas miradas. La húmeda llama que de los ojos del amante brotaba se introducía por los suyos en lo intimo de su corazón; corria por sus venas mas encendida la sangre; tenia la voz de Eduardo un acento que la agitaba, pareciale pintado el afecto en todas sus facciones, y animadas estas por la pasion en ella la escitaban. De esta suerte la imagen primera del amor le hizo amar el objeto que se la habia presentado. Si no hubiera él estado apasionado por otra, acaso no se hubiera Laura apasionado de él.

Llegó à su casa con esta agitacion. Siempre es placida la turbacion del amor naciente. Fuera impetu primero el abandonarse à este nuevo embeleso, y el segundo contemplar su situacion. Por la vez primera de su vida reconoció su estado, y se horrorizó de él. Dentro de su alma se convertia en desesperacion todo cuanto mantiene la esperanza y los deseos de los amantes. La posesion de lo que amaba solo ofrecia à su idea el oprobio de un ente vil y soez, à quien se halaga con desprecio; y en la recompensa de un amor feliz no veia mas que su infame prostitucion. Así procedian de sus propios deseos sus mas inaguantables tormentos, y cuanto mas facil era para ella satisfacer aquellos, mas horrorosa

le parecia su suerte, sin honor, sin esperanza, sin remedio, solo conoció el amor para sentir la privacion de sus delicias. De este modo empezaron sus luegos pesares, y se acabó su momentanea felicidad.

La pasion naciente que à sus propios ojos la afrentaba, la realizaba à los de Eduardo. Viendola capaz de amar dejó de despreciarla. ¿Pero que consuelos podia esperar de él? que otro afecto le podia manifestar que el flaco interes con que un corazon virtuoso que no es libre puede mirar à un objeto digno de lastimia que no tiene mas honor que el suficiente para sentir su ignominia?

Consolóla como pudo, y prometió que volveria à verla. No le dijo una palabra de su estado, ni aun para exhortarla à que le abandonase. ¿De que servia aumentar el horror que le causaba, puesto que hacia este mismo horror que de si propia desesperara? La menor palabra sobre esta materia traia consecuencias, y parecia que la acercaba à él, y esto nunca podia ser. La mayor desdicha de los oficios infames es que nada con dejarlos se grangea.

Despues de la segunda visita, no olvidandose Eduardo de la magnificencia inglesa le envió un escritorio de Laca y varias joyas de Inglaterra. Ella se lo devolvió todo con la siguiente esquela:

«He perdido el derecho de desecher regalos; sin embargo, me tomo la libertad de devolver à V. el suyo; porque acaso no era su animo de V. hacer de él una prueba de desprecio. Si me le vuelve à enviar tendré que admitirle, pero será en extremo inhumana su generosidad.»

Pasmóle à Eduardo esta esquela, que halló humilde con nobleza. Sin salir de la bajeza de su estado mostraba Laura una especie de dignidad, y casi borraba su oprobio à poder de envilecerse. Ya habia cesado de despreciarla, entonces empezó à estimarla. Siguió visitandola sin volver à hablar de regalos, y si no se honró con ser amado de ella, à lo menos se dió el parabien.

No distimuló sus visitas à la Marquesa, porque no tenia motivo ninguno para

ocultarselas, y hubiera sido una ingratitude en él. Quiso ella saber mas, y él le juro que no habia tocado à Laura.

Produjo su moderacion el efecto opuesto al que esperaba. Con que la ve V., gritó enfurecida la Marquesa, y no la toca! ¿Pues que va à hacer à su casa? Entonces se originaron aquellos infernales zelos que cien veces la hicieron atentar contra la vida de entraubos, y la consumieron de rabia hasta su muerte.

Otras circunstancias acabaron de inflamar esta furiosa pasion, y tornaron à esta muger à su verdadero caracter. Ya he notado que en medio de lo integro de su probidad no tenia Eduardo proceder muy mirados. Hizo à la Marquesa el mismo regalo que le habia devuelto Laura, y le admitió aquella, no por avaricia, sino porque tenian por costumbre regalarse el uno al otro, aunque en este cambio no salia perdiendo la Marquesa. Por desgracia llegó à saber cual habia sido el primer destino de este regalo, y como habia vuelto à poder de Eduardo. Escuso decir que al momento le hizo todo auicos, y lo arrojó por la ventana. Considerése cual debió ser entonces el sentimiento de una compleza zelosa, y una señora de circunstancias.

No obstante enanto mas à Laura pesaba de su ignominia, menos esfuerzos hacia para librarse de ella; permanecia en su estado por desesperacion, y el desden con que à si propia se miraba recaia en sus corruptores. No era áltiva; ¿que derecho tenia para serlo? Pero el hondo sentimiento de su ignominia que procuraba en vano calmar, la horrorosa tristeza del oprobio que sentia y no podia evitar, la indignacion de su corazon que todavia se honraba, y se conocia por siempre deshonorado; todo llenaba de remordimientos y hastio deleites que abominaba el amor. Un respeto ageno de estas almas viles hacia que se olvidaran del estilo de la disolucion; acibaraba una involuntaria turbacion sus contentos, y compadecidos de la suerte de su victima se volvan llorando por ella, y avergonzados de si propios.

Consumiase Laura de pesar. Eduardo,

que poco à poco le cogia amistad, vió que estaba en extremo afligida, y que antes era necesario alentarla que abatirla. La visitaba, y esto contribuia mucho para su consuelo. Hicieron mas sus razones, que la animaron; y sus sublimes y grandes razonamientos restituyeron à su alma entorpecida el vigor que habia perdido. Que eficaces eran, saliendose de una boca amada, é introduciendose en un corazon de buena indole, que abandonaba su estrella à la ignominia, pero que la naturaleza habia formado para la virtud! Finalmente prendian y daban fruto en este corazon las lecciones de honestidad.

Con su benefico alán consiguió Eduardo al fin que pensara Laura mas bien de si propia. Si no hay otra infamia perdurable que la de un corazon estragado, me siento con medios para poder borrar mi torpeza, siempre seré despreciada, pero cesaré de merecerlo, y no me despreciaré à mi propia. Evitado el horror del vicio, será para mi menos acerbo el del menosprecio. ¿Y que me importan los desdenes de la tierra entera cuando me estime Eduardo? Vea la obra suya y complazcase con ella, que él solo me lo resarcirá todo. Cuando nada grangease el honor, à lo menos grangeará el amor. Si; demos al corazon que inflama morada mas pura. Delicioso afecto! ya no profanaré tus rebatos. No puedo ser feliz, y sé que no lo seré jamas. Ay! indigna soy de los halagos del amor, pero nunca consentiré otros.

Era muy violento su estado para que pudiera ser duradero, pero cuando probó à salir de él halló dificultades que no habia esperado, y esperimentó que la que renuncia su derecho en su persona no le recupera cuando quiere, y que es el honor un seguro civil que deja muy debiles à los que le han perdido. No halló otro medio para zafarse de la opresion que irse impensadamente à meter en un convento, y abandonar su casa casi à un saqueo; porque vivia con la opulencia ordinaria en las de su clase, especialmente en Italia, cuando las favorece la corta edad y la hermosu-

ra. No habia hablado con Boms on de su designio, creyendo que era à algun modo bajeza mentarse antes de ponerle en ejecucion. Cuando estuvo en su asilo se lo avisó por una esquela, suplicandole que la protegiese contra sujetos poderosos empeñados en que continuaran sus desordenes, y que se iban à dar por ofendidos de su retiro. Corrió à casa de ella, y llegó à tiempo de librar sus efectos. Aunque extranjero en Roma, un gran señor estimado, rico, y que defendia con vigor la causa de la virtud, tuvo credito bastante para que se quedara en el convento, y tambien para que siguiera cobrando una pension que le habia dejado el Cardenal à quien se la habian vendido sus padres.

Fué à verla: era hermosa, amante, penitente, y le debia à él todo cuanto iba à ser; que de motivos para mover un pecho como el suyo! Fué lleno de todos cuantos afectos pueden inspirar beneficencia en los animos sensibles, solo faltaba el que la podia hacer feliz, y no pendia de él. Nunca habia ella esperado tanto; estaba fuera de si de gozo, y ya se reconocia en el estado en que tan raro es elevarse. Decia: soy honrada, y un hombre virtuoso se interesa por mí. Amor, ya no siento las lagrimas, y los suspiros que me has costado; de todos me has pagado ya. Fuiste mi fuerza y eres mi premio, y haciendo que ame mis obligaciones eres tú la primera de todas. ¿Que dicha para mí sola reservada! El amor es quien me exalta y me honra; él es quien me saca del oprobio y del delito, y solo con la virtud puede salir de mi corazon. Oh Eduardo! cuando torce yo à ser despreciable, entonces cesaré de amarte.

Este retiro metió ruido. Las almas viles, que por ellas à las demas miden, no se pudieron imaginar que no tuviera Eduardo en él otro interes que el de la honradez; porque era sobrado amable Laura para que los cuidados que por ella un hombre se tomaba no fueran siempre sospechosos. La Marquesa, que tenia sus espías, lo supo todo antes que ninguno, y sus furores que no pudo contener divulgaron sus tratos. Llegó

el rumor al Marqués en Viena, y el siguiente invierno vino a Roma à buscar una estocada para remediar su honor que no remedió.

Así empezaron estos dos tratós que en un pais como Italia espusieron à Eduardo a mil generos de peligros, unas veces por parte de un militar agraviado, otras veces por parte de una muger celosa y vengativa, y otras por parte de los que habian tenido amistad con Laura, y estaban enfurecidos por haberla perdido. Tratos extravagantes, si algunos ha habido, que cercandole de peligros sin fruto, le tenían dividido entre dos mugeres que con pasion le amaban sin que pudiera poseer à ninguna; desechado de la cortesana à quien él no queria, desechando à la muger delante à quien idolatraba; siempre virtuoso es cierto, pero siempre creyendo que obedecia à la razon, mientras era arrastrado de sus pasiones.

No es facil decir que especie de simpatia podia unir dos caracteres tan opuestos como los de Eduardo y la Marquesa; pero no obstante la diferencia de principios, nunca se pudieron desprender totalmente uno de otro. Puede colegirse qual seria la desesperacion de esta muger arrebatada cuando creyó que se habia dado à sí misma una rival, y que rival! por su imprudente generosidad. Improprios, desdenes, agravios, amenazas, tiernos halagos, de todo alternativamente se valió para desprender à Eduardo de este indigno trato, en que nunca creyó que no estuviese interesado su corazón. El fué incontrastable como se lo habia prometido à Laura, que ceñia su esperanza y su ventura à verle de cuando en cuando. Su naeiente virtud necesitaba un arrimo; se apoyaba en él que le habia dado origen, y à él tocaba ampararla. Esto era lo que à la Marquesa y à sí propio decia, pero acaso no decia todo lo que habia. ¿Donde está el hombre tan severo que haya de las miradas de un objeto adorable que no le pide otra cosa que dejarse querer? donde está aquel cuyo honrado corazón no se ufana un poco con las lagrimas de dos hermo-

sos ojos? donde está el hombre benéfico cuyo útil amor propio no se complace en gozar el fruto de sus afanes? Habia hecho à Laura sobrado estimable para contentarse con estimarla.

No habiendo podido alcanzar la Marquesa que dejara de ver à esta desventurada, se tornó furiosa. Sin tener animo para reñir con él, le cogió una especie de horror. Bramaba cuando veia entrar su coche; el ruido de sus pasos, cuando subia por su escalera, la hacia palpitár de susto. Cuando le veia faltaba poco para que la tomara un desmayo. Tenia una opresion de corazón mientras estaba junto à ella; cuando se iba le cargaba de maldiciones, así que le perdía de vista lloraba de rabia; no hablabá mas que de venganza; su sangriento despecho solo proyectos dignos de ella le dictaba. Hizo varias veces embestir à Eduardo al salir del convento de Laura, y le puso celadas à esta para que saliera de él y robarla. Nada de esto pudo sanar al ingles. Volvia al otro dia à casa de la que la vispera le habia querido hacer asesinar, y siempre con su quimérico proyecto de restituírle la razon, aventuraba la suya, y con el celo de la virtud mantenía su flaqueza.

Al cabo de algunos meses, no bien curado el Marqués de su herida, murió en Alemania; acaso de pesar por la mala conducta de su muger. Este suceso que debia reunir à Eduardo con la Marquesa solo sirvió para desviarle mas. Vió que era tanto su anhelo en aprovecharse del cobro de su libertad que tembló de valerse de ella. La duda sola de sí habria contribuido à la muerte del Marqués su herida atemorizó su corazón, y puso silencio à sus deseos. Decia los derechos de un marido mueren con él para con cualquiera, pero para con su matador le sobreviven y son inviolables. Aun cuando nada prescribiesen en este punto la humanidad, la virtud y las leyes, ¿no nos dice la razon que los deleites anexos à la reproduccion de los hombres no deben ser paga de su sangre? Sin eso los medios destinados à darnos la vida fueran manantiales de muerte, y pereceria el linaje huma-

no por las leyes que le conservan.

Así pasó muchos años dividido entre dos mugeres que le amaban; fluctuando sin cesar de una à otra; queriendo muchas veces renunciar à entrambas, y no pudiendo dejar à ninguna; repelido por cien razones, atraído por mil afectos, y cada dia mas apretados sus lazos por sus vanos esfuerzos para romperlos; cediendo unas veces à su inclinacion, y à su obligacion otras; yendo y viniendo de Londres à Roma, y de Roma à Londres, sin poder fijarse en ninguna parte, siempre ardiente, vehemente, apasionado, nunca debil ni culpado; fortalecido por su hermosa y grande alma, cuando pensaba estarlo por su razon; por fin meditando disparates todos los dias, y volviendo todos los dias en sí con animo de romper sus indignas cadenas. En sus primeros momentos de hastio quiso aficionarse à Julia, y parece cierto que lo hubiera hecho si no hubiera hallado el sitio ocupado.

No obstante la Marquesa cada dia iba perdiendo tierra con sus vicios, y grandandola Laura con sus virtudes. La constancia era igual en ambas, pero no era igual el merito; y envilecida y degradada la Marquesa con tantos delitos, concluyó dando à un amor sin esperanza los suplementos que no habia podido sufrir él de Laura. A cada viaje encontraba Bomston en esta nuevas perfecciones, habia aprendido el ingles, sabia de memoria todo quanto le habia aconsejado que leyese; se instruía en todos los conocimientos que parecian ser de gusto de Eduardo; procuraba modelar su alma por la de él, y lo que de la suya quedaba no desdecia de lo demas. Era todavia de la edad en que con los años crece la hermosura; y la Marquesa rayaba en aquella en que no hace mas que declinar; y aunque tuviese aquel tono afectuoso que agrada y mueve, aunque hablase de humanidad, fidelidad y virtud con gracia; todo esto se hacia ridiculo con su conducta, y desmentia su reputacion todos sus elegantes razonamientos. Eduardo la tenia muy conocida para esperar de ella cosa ninguna; se desprendia lentamente de

ella, sin poder desprenderse totalmente, se acercaba siempre, sin poder llegar nunca à la indiferencia; su corazón le atraía sin cesar à casa de la Marquesa, y sus pasos le llevaban maquinalemente. Un hombre sensible, por mas que haga, nunca se olvida de aquella con quien ha tenido intimidad. A poder de enredos, de astucias y maldades, logró por fin hacerse despreciar de él, pero la desprecio sin dejar de compadecerla, y sin poder nunca olvidar lo que habia hecho ella por él, ni el cariño que él le habia tenido.

Así dominado por la costumbre mas todavia que por sus inclinaciones, no podia romper Eduardo las conexiones que à Roma le llamaban. Los contentos de una familia feliz le hicieron que deseara él establecer una semejante antes de su vejez. Algunas veces se echaba en cara su injusticia y hasta su ingratitud con la Marquesa, achacando solo à su pasion los vicios de su caracter; otras se olvidaba del primer estado de Laura, y sin pensar en ello salvaba su corazón la valla que de ella le separaba. Buscando siempre en su razon disculpas à su inclinacion, tomó por motivo de su ultimo viaje el probar à su amigo, sin reflexionar que se esponia el mismo à una prueba, à que, sin su auxilio, no hubiera resistido.

El exito de esta aventura, y el desenlace de las escenas que con ella tienen conexion ya el lector ha podido enuncerarlo, pues se refieren con toda estension en la carta xii de la quinta parte, y en la xii de la sexta, donde se ve de cuantos peligros pueden librarnos los esfuerzos de una amistad verdadera, de manera que leído el resumen que precede no queda oscuridad ninguna. Amado Eduardo por dos damas suyas sin poseer à ninguna, aparece primero en una risible situacion, pero su virtud le hacia gozar mas suaves deleites que los de la belleza, y que son mas duraderos que ella. Mas dichoso con los deleites de que se abstenia que el hombre sensual con los que disfruta, amó mas tiempo, permaneció libre, y gozó mas de la vida que los que pron-

tamente la gastan; oh cuán ciegos somos, cumpléandola en correr en pos de autásticas ilusiones! Cuando nos con-

vencemos de que en todas las locuras de los hombres, solo las del justo le hacen feliz!

FIN DE LOS AMORES DE MILORD EDUARDO.



PROSPECTO.

Ya se considere la presente Colección por lo que respeta al mérito, variedad, instruccion y moralidad de las novelas escogidas, ya relativamente á la finura del papel, limpieza y perfeccion tipográfica y comodidad del tamaño; puede salirse garante de su superioridad sobre todas las demas colecciones de la misma clase dadas á luz en España en tiempos rígidos, en que solo se permitia estrechísimo círculo á la eleccion. Innumerables son los autores románticos, muchos hay entre ellos que con mas ó menos celebridad han tomado la pluma, sea trazando un cuadro histórico del carácter y pasiones propios de otros siglos, sea conmoviendo al corazón con imágenes tiernas y esquisitas, ya tambien presentando ejemplos de saludable moral: de todos ellos hemos entresacado las novelas que han obtenido universal aceptacion y aplauso.

A la entusiasta sublimidad, al robusto nervio, al ímpetu fogoso y heroico del genio de Arlincourt, siguen la interesante produccion de Ireland; la satírica novela *El Hijo del Carnaval* de Pigault Lebrun; los bellos rasgos de Walter-Scott; las sales picantes de Iglesias; la imponderable *HELOISA*, de Rousseau, y la sentimental *Malvina*, de Madama Cottin. Continuarémos con las novelas que mas aplauso se han grangeado, no olvidando á Madama Staël, á Cooper, y cuantos novelistas de reputacion extraordinaria existen, así antiguos como modernos; en una palabra, contendrá esta Coleccion lo mas selecto que se ha escrito en su clase, así en España como en el extranjero.

Como forman parte de esta Coleccion algunas novelas de las que se han hecho ó pueden hacerse otras ediciones en distinto tamaño é impresion de lo que hemos adoptado, debemos repetir